



II

SEGUNDO CHIRRIDO

CALEB Plummer y su hija ciega vivían solos en su rincón, como dicen los libros de cuentos (los libritos de cuentos buenos; ¡seguro estoy de que los bendecís como yo, porque vienen a interrumpir la monotonía de este mundo prosaico!) Caleb Plummer y su hija ciega vivían solitos en su rincón, es decir, en una casita de madera agrietada, verdadero cascarón de nuez rajada, como si dijéramos una verruga en la prominente nariz, de color de ladrillo, de Gruff y Táckleton. La propiedad de Gruff y Táckleton ocupaba la mitad de la calle; pero la morada de Caleb Plummer, hubierais podido echarla abajo de uno o dos martillazos, y llevaros los escombros en una carretilla.

Si, después de tal expedición, hiciera alguien a la casa de Caleb Plummer el honor de notar que había desaparecido, sería, sin duda alguna, para aprobar por todos conceptos su demolición, como verdadera mejora. En efecto, adheríase a la de Gruff y Táckleton como se adhiere un mejillón a la quilla de un navío, un caracol a una puerta o un manojito de sucios hongos al rincón de un árbol. Pero aquello era el germen de donde había brotado el vigoroso y soberbio tronco de Gruff y Táckleton; y bajo su techo ruinoso, y en pequeña escala, el último Gruff había fabricado juguetes para una generación de niños, chicos y chicas, que empezaron por jugar con ellos, desmontándolos y rompiéndolos luego, antes de ir a acostarse.

He dicho que Caleb y su pobre hija ciega la habitaban; mejor hubiera hecho diciendo que habitaba en ella Caleb; pero que su pobre hija ciega tenía otra residencia, una mansión encantada, decorada y amueblada por Caleb, en donde no se notaban la necesidad ni el ahorro, en donde jamás entraron preocupaciones. No obstante, Caleb no era hechicero; pero era maestro avezado en la sola magia que aún nos queda: la magia del amor fiel, imperecedero. La naturaleza es quien había dirigido sus

estudios, y de ella aprendió a hacer milagros.

Nunca supo la hija ciega que los techos estaban amarillentos, las paredes manchadas y despojadas, por partes, de la capa de yeso; nunca supo que las enormes grietas iban, por falta de reparaciones, ensanchándose más cada día, que las vigas carcomidas se hundían más y más. La hija ciega no supo nunca que el hierro se herrumbra, que la madera se pudría, que el papel se desconchaba y que la misma casa iba perdiendo insensiblemente la forma, las dimensiones y sus proporciones regulares. La hija ciega nunca supo que no había en el aparador más que una horrorosa vajilla de barro o de loza tosca; que en la casa reinaban penas y desaliento, que los escasos cabellos de Caleb se tornaban cada vez más grises a los apagados ojos de su querida compañera. La hija ciega no supo nunca que tenían un amo frío, exigente, insensible; nunca supo que Táckleton era el verdadero Táckleton, por decirlo todo. Al contrario, vivía en la creencia de que era un hombre original, de humor extravagante, que le gustaba bromear con ellos y que, al tiempo que desempeñaba para ellos el papel protector de ángel guardián, rechazaba toda prueba de agradecimiento por su parte.

Y todo eso se lo debía a Caleb; todo lo debía a su buen padre. Y también tenía éste un grillo en su hogar; mientras escuchaba melancólicamente su música, cuando la hija ciega y privada ya de madre era chiquitina, aquel espíritu abrigaba la idea de que el gran infortunio de su hija podría casi trocarse en beneficio del cielo, y la joven podría ser feliz por esos medios. Porque los grillos constituyen una tribu de espíritus poderosos, aunque las gentes que tienen contacto con ellos lo ignoran casi siempre; y no existen en el mundo invisible voces más gratas y verdaderas, con que poder contar más en absoluto ni que nos den con tanta seguridad consejos dulces y tiernos, como las voces de que se sirven los espíritus de la familia y del hogar doméstico para comunicar con el género humano.

Caleb y su hija trabajaban juntos en su taller de siempre, o, más bien, pasaban en él la vida, y era una mansión extraña. Vefanse en ella casas concluídas y por concluir, para muñecas de todas jerarquías: pisos de arrabal, para muñecas de vida modesta; alojamientos compuestos de una sola pieza y una cocina, para las muñecas de categorías inferiores; suntuosas residencias de capital, para muñecas del gran mundo. Algunas de esas moradas estaban ya

amuebladas, según la condición y la fortuna de las muñecas que debían habitarlas; otras podrían estarlo al minuto, del modo más rico y dispendioso mediante un simple aviso; bastaba tomar lo que hiciera falta, de unas mesitas cargadas de sillas y mesas, sofaes, camas y todo lo que constituye un mueblaje completo. Los personajes de la primera nobleza, los hidalgüelos de provincias y el público en general a quienes estaban destinadas tales habitaciones, yacían aquí y allí tendidos en cestas, con los ojos clavados en el techo; pero al marcar sus distintas categorías en las gradas de la escala social, y al ponerlos a cada cual en su respectivo lugar (cosa que, por desgracia, es difícil en la vida real, según nos enseña la experiencia), fueron, los fabricantes de muñecas, mucho más hábiles que la naturaleza, que tan imperfecta y caprichosa se muestra con frecuencia; puesto que ellos, en vez de pararse en las arbitrarias diferencias del raso, la indiana o los harapos, habían añadido, según las clases, diferencias extraordinarias que impedían todo engaño. Así, la señora muñeca de elevada alcurnia tenía miembros de cera, de perfecta simetría, privilegio reservado a los de su prosapia; el segundo grado de la escala social, era de piel, y el grado inferior,

de trapos de tosca tela. En cuanto a las gentes vulgares, brazos y piernas eran otras tantas cerillas de madera sacadas de la caja y, por consiguiente, gracias a tan positivas distinciones, cada cual se hallaba bien establecido en su esfera, sin posibilidad de salir nunca de ella.

A más de las muñecas, contenía también el cuarto de Caleb Plummer otras muchas muestras de su industria: arcas de Noé, en las cuales, cuadrúpedos y volátiles hallábanse muy apretados, apilados unos contra otros de cualquier manera, os lo aseguro, hasta el techo, sin desperdiciar sitio. Por una licencia poética atrevidísima, la mayoría de esas arcas de Noé tenían aldabas en la puerta, apéndices poco naturales, acaso, pues parecen suponer visitas matutinas como las del cartero; pero aquello era para que nada faltase en la fachada del edificio. Véanse por veintenas, melancólicas carretillas que, mientras rodaban sus ruedas, ejecutaban una música lastimera; gran cantidad de violines, tambores y otros instrumentos de tortura, todo en pequeño; innumerables masas de cañones, escudos, sables, lanzas y escopetas; había también pequeños saltimbanquis, de calzón encarnado, que franqueaban incesantemente, a cual mejor, altas vallas de cintas rojas, y caían de cabeza al otro lado; caballeros

de edad, de aspecto respetable, por no decir venerable, que saltaban constantemente, como locos, por encima de clavijas horizontales colocadas con ese objeto en medio de sus propias puertas. Había asimismo animales de todas clases, en particular caballos de todas razas, desde el cilindro salpicado, montado en cuatro jalones con una pequeña piel de carnero a modo de crin, hasta el saltarín de pura raza, animado del más indómito ardor. Difícil hubiera sido contar las docenas de figuras grotescas, siempre dispuestas a cometer toda clase de absurdos, a una simple vuelta de manubrio. No hubiera sido más fácil citar cualquier locura humana, algún achaque o algún vicio, de los que no se hubiese podido hallar el tipo más o menos exacto en la habitación de Caleb Plummer; y sin que para ello se hubiera de recurrir a formas exageradas, porque no se necesitan muy grandes manubrios para hacernos ejecutar en el mundo, a todos nosotros, hombres y mujeres, suertes no menos extrañas que las de cualquier juguete.

Caleb y su hija estaban sentados trabajando, en medio de todos esos juguetes; la pobre ciega, en calidad de costurera de una de las muñecas, y él, pintando y barnizando la fachada de cuatro ventanas de una casita particular.

Las penas, cuya dolorosa huella asomaba a las facciones de Caleb, su aspecto soñador y distraído, que hubiera encajado perfectamente en la fisonomía de un alquimista o de un adepto de las ciencias ocultas, formaban, a primera vista, extraño contraste con la naturaleza trivial de sus ocupaciones y las frivolidades de que estaba rodeado. Pero, por triviales que sean las cosas, tórnense en asunto serio cuando se inventan y ejecutan para procurarse el pan; y, por otra parte, no estoy nada seguro de que, si Caleb hubiera sido un lord chambelán, un miembro del parlamento, un hombre de leyes o aun un gran especulador, al variar de juguetes hubiéralos hallado menos frívolos, aunque dudo mucho que, sean como fueren, hubieran resultado tan inocentes: no, no estoy seguro de esto, ni quisiera garantizarlo.

—¿De modo que anoche estaba usted afuera, padre, con la hermosa levita nueva, mientras llovía?—dijo la hija de Caleb.

—Con mi hermosa levita nueva—respondió éste, echando una rápida mirada a una cuerda tendida en el cuarto, de la cual colgaba cuidadosamente, para secarse, el vestido de arpillera que ya hemos descrito antes.

—¡Cuánto me alegro de que la haya usted comprado, padre!

—¡Y de un sastre tan bueno!—dijo Caleb.—Un sastre elegante de veras. Es demasiada belleza para mí.

La joven interrumpió su trabajo y empezó a reír alegremente.

—¿Demasiada belleza, padre? ¿Hay algo que pueda ser demasiado bello para usted?

—El caso es que casi me avergüenza llevarla—dijo el anciano, acechando el efecto de sus palabras en el rostro radiante de la hija;—¡de veras! Cuando oigo a las gentes y los niños gritar detrás de mí: «¡Oh! ¡oh! ¡Vaya un presumido!» no sé qué cara poner. Y ese mendigo que no quería irse anoche, obstinándose en responderme, al decirle que yo era un hombre vulgar: «¡Oh! ¡no! ¡Excelencia! No me hará creer eso Vuestra Excelencia!» Estaba yo muy confuso, y me parecía realmente no tener derecho a llevar tan bella prenda.

¡Qué contenta estaba, la joven ciega! ¡Qué dicha, qué triunfo para ella!

—Le estoy viendo, padre—dijo cruzando las manos—le veo tan claramente como si tuviera ojos, cuya necesidad nunca siento cuando está usted conmigo... Un traje azul...

—Azul claro—dijo Caleb...

—¡Sí, sí! ¡azul claro!—exclamó la joven alzando su rostro gozoso;—el color que casualmente recuerdo haber visto

al cielo, al hermoso cielo, cuando me decía usted que era azul. ¡Así pues, una preciosa levita azul clara!...

—Entallada—añadió Caleb.

—¡Sí, entallada! — exclamó la joven ciega, riendo con muchas ganas; — ¡y dentro de ese traje, usted, padre querido, con sus ojos alegres, la faz sonriente, el paso suelto y los cabellos negros, con su aspecto tan joven y tan bello!

—¡Por favor! ¡Por favor!—dijo Caleb.

—¡Vas a ver como voy a envanecerme, si no callas!

—Creo que ya lo ha hecho usted—respondió la joven, haciéndole una seña maliciosa con el dedo.—Le conozco a usted, padre. ¡Ah! ¡ah! ¡Ve como le he adivinado!

¡Ah! ¡Cuán poco se parecía el pobre Caleb a ese retrato, mientras estaba allí, en la silla, mirando a su hija!

La joven había hablado de su paso desenvuelto, y, en este punto, tenía razón. Desde hacía muchos años, Caleb no había franqueado una sola vez el umbral de aquella puerta con su paso natural, lento y pesado, sino con paso ficticio, destinado a engañar el oído de su hija y nunca, ni aun cuando más abrumado tenía el corazón, se olvidaba de ese andar ligero, calculado, para hacer también más ligera la vida a su hija, y darle ánimos más fácilmente.

¡Dios solo lo sabe!; pero creo yo que el vago extravió que reinaba en los modales de Caleb procedía en parte de la ficción en que se había colocado voluntariamente con todos los objetos que le rodeaban, en aquella comedia eterna a que habíase condenado por el amor de su hija ciega. ¡Cómo no había de parecer extraviado el hombrecillo, después de los muchos esfuerzos realizados durante tantos años, con objeto de destruir su propia identidad y la de cuantos objetos se relacionaban con él!

—¡He aquí que nos hallamos tan cerca de la realidad, como cincuenta céntimos de una moneda de dos reales!—dijo Caleb, retrocediendo un paso o dos para juzgar mejor el mérito de su obra.— ¡Lástima que sea de una sola pieza toda la fachada de la casa! ¡Si siquiera hubiese una escalera y puertas regulares para entrar en cada cuarto! Pero eso es lo malo del oficio. Me paso la vida ilusionándome a mí mismo, engañándome a mí mismo.

—¡Qué bajito habla usted, padre! ¿Se siente fatigado?

— ¡Fatigado! — exclamó Caleb, con nuevo arranque de viveza.—¿Por qué iba a fatigarme, Berta? Nunca lo he estado. Ni sé lo que es eso.

Para dar más fuerza a sus palabras, interrumpióse a sí mismo en el momen-

to en que, sin quererlo, iba a hacer lo que hacían dos muñecos que se hallaban sobre la chimenea desperezándose y bostezando, imágenes perfectas del aburrimiento eterno, desde el busto hasta la coronilla; luego empezó a tararear el estribillo de una canción. Era ésta una canción báquica, una bufonada en honor de un vino generoso que espumea en la copa, y la entonó con voz y ánimo de calavera, que hacían a su rostro mil veces más flaco y preocupado que nunca.

—¡Hola! ¿Conque cantando, eh?—dijo Táckleton asomando la cabeza por la puerta.—¡Continúe, continúe! ¡No seré yo quien cante!

En efecto, nadie lo hubiera creído. No tenía en modo alguno cara de cantar la cancioncilla.

—No sería yo quien me permitiera cantar—dijo Táckleton.—Y veo con gusto que pueda usted hacerlo. Supongo que eso no le impedirá trabajar, aunque casi no haya tiempo para hacer ambas cosas a la vez.

—¡Si pudieras verle, Berta! ¡Si vieras como me guiña el ojo!—murmuró Caleb muy bajito, al oído de su hija.—¡No hay hombre más bromista! ¡Apuesto a que, si no le conocieses, creerías que habla en serio!

La joven sonrió e hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Cuando un pájaro sabe cantar y no quiere hacerlo, hay que obligarle, dice el proverbio—refunfuñó Táckleton;—pero ¿qué debe hacerse con un buho que no sabe cantar, que no debería cantar y que, sin embargo, canta?

—¡Qué picarescamente nos mira en este momento!—volvió a decir Caleb a su hija.—¡Oh! ¡Cielo santo!

—¡Siempre contento, siempre de buen humor con nosotros!—exclamó sonriendo Berta.

—¡Ah! ¿Ya está usted ahí?—respondió Táckleton.—¡Pobre idiota!

La creía verdaderamente idiota, y para creerlo, fundábase, por instinto o por reflexión, en que ella le amaba.

—Bueno, ya que está usted ahí... ¿cómo se encuentra?...—preguntó Táckleton en tono brusco.

—¡Oh! bien, completamente bien. Y tan contenta como pudiera usted desear. Tan feliz como usted desearía hacer al mundo entero, si en su poder estuviera.

—¡Pobre idiota!—murmuró Táckleton.—¡Ni un rayo de razón! ¡Ni el menor asomo!

La joven ciega le cogió la mano y la besó; túvola un momento estrechada entre las suyas, y antes de soltarla, apoyó un rato la mejilla en ella. En semejante caricia había algo tan cariñoso, y tan viva expresión de agradecimiento, que

el mismo Táckleton se enterneció, hasta el extremo de decir con un gruñido menos brusco que de costumbre:

—¿Qué tiene usted?

—Lo coloqué al lado de mi almohada, anoche, al acostarme, y me he acordado de él en sueños. Luego, al despuntar el día, cuando el sol se ha levantado muy rojo en su gloria... el sol *rojo*, padre...

—Rojo por la mañana y por la tarde, Berta—dijo el pobre Caleb, dirigiendo a su patrono una mirada preñada de profunda tristeza.

—¡Cuando se ha levantado, y su brillante luz, contra la cual temo siempre tropezar al andar, ha penetrado en mi cuarto, he vuelto hacia él el pequeño arbusto, he bendecido al cielo, que tan lindas cosas ha hecho para nosotros, y le he bendecido a usted, que me las envía para hacerme feliz!

—¡Esta se ha escapado de un manicomio!—dijo para sus adentros Táckleton. —¡Pronto llegaremos a la camisa de fuerza y las manillas! ¡Vamos progresando!

Caleb, con ambas manos crispadas y y enganchadas una en otra, miraba ante sí con aspecto extraviado, en tanto que hablaba su hija, cual si se preguntase realmente (y creo que se lo preguntaba, en efecto) si Táckleton había hecho algo para merecer o no aquel

agradecimiento. Si el pobre Caleb hubiera sido libre de obrar a su capricho, y si en aquel momento hubiese tenido que elegir, so pena de muerte, entre echar a puntapiés al vendedor de juguetes, o caer de rodillas ante él para reconocer sus beneficios, creo que se hubiera podido apostar con iguales probabilidades en pro o en contra. Sin embargo, el bueno de Caleb sabía que él mismo fué quien trajo con sus propias manos a casa el rosalito para su hija; sabía que eran sus propios labios los que forjaron la inocente mentira que había de apartar de su hija hasta la menor vislumbre de las numerosas, infinitas privaciones que se imponía para proporcionarle algunos goces más.

—¡Berta!—dijo Táckleton, fingiendo adrede un poco de cordialidad;—¡venga acá!

—¡Oh!—contestó la joven.—¡Puedo ir derecha a usted! ¡No necesita guiarme!

—¿Quiere que le diga un secreto, Berta?

—¡Ya lo creo!—apresuróse a responder ella.

¡Cuán radiante y brillante volvióse aquel rostro sumido en las tinieblas! ¡Cuán luminosa aureola rodeó aquella atenta cabecita!...

—Hoy es el día en que la joven... ¿cómo se llama?... la niña mimada, la

mujer de Peerybingle, viene a hacer a usted su acostumbrada visita, para invitarla a su fantástica comida a escote, ¿no es eso? —añadió Táckleton con marcada expresión de desprecio para aquella fiestecilla.

—Sí,—respondió Berta—hoy es.

—Ya me lo figuraba—dijo Táckleton.

—Pues bien, yo quisiera ser de la partida.

—¿Lo oye usted, padre?—exclamó la joven ciega, entusiasmada, fuera de sí.

—Sí, sí, ya lo he oído—murmuró Caleb con la mirada fija de un sonámbulo; —pero no lo creo. Sin duda será una de esas ilusiones que yo alimento...

—No; es que, ya ve usted... yo... yo deseo que los Peerybingle intimen un poco más con May Fielding,... quisiera, quisiera reunirlos—dijo Táckleton— ¡Voy a casarme con May!

—¡Se casa usted!—exclamó la joven ciega, separándose bruscamente de él.

—¡Llévese el demonio a la idiota! Ya vea yo el momento en que no podría hacerle comprender la cosa. ¡Sí, Berta, voy a casarme! ¡Iglesia, ministro, clérigo, pertiguero, carroza de cristales, campanas, comida, torta de bodas, cintas de seda, clarinetes, trombones y toda la lira! Una boda, en fin, una boda. ¿Sabe usted bien lo que es una boda?

—¡Lo sé!—contestó con voz tierna la joven;—¡lo sé!

—¿De veras?—murmuró Táckleton.— Menos mal. Pues bien, por eso quiero ser de la partida, y llevar a May y a su madre. Por la mañana mandaré cualquier cosilla, una pata de carnero asada, fiambre, o cualquier golosina por el estilo. ¿Me esperarán ustedes?

—Sí.

La joven había dejado caer la cabeza contra el pecho, volviéndose al otro lado: permanecía así, de pie, con las manos juntas, inmóvil y pensativa.

—No creo que me espere usted—balbució Táckleton, mirándola;—pues parece haberlo olvidado ya todo... ¡Caleb!

—Supongo que puedo aventurarme a creer que estoy aquí—pensó Caleb.— ¡Señor!

—Cúidese de que no olvide lo que le acabo de decir.

—¡Oh! Pierda usted cuidado; ella no olvida nunca—respondió Caleb.— Tal vez sea esa la única cosa que no sepa hacer.

—Cada cual toma sus gansos por cisnes—murmuró el vendedor de juguetes, encogiéndose de hombros.— ¡Pobre diablo!

Tras tan maligna observación, hecha al parecer con soberano desprecio, retiróse el viejo Gruff y Táckleton.

Berta se quedó en el mismo lugar en que él la dejara, perdida en sus tristes pensamientos. La alegría había desaparecido de su rostro abatido, lleno de profunda melancolía. Tres o cuatro veces movió la cabeza, cual si llorase el recuerdo de algún bien perdido; pero sus dolorosas reflexiones no hallaban palabras para desahogarse.

Por su parte, Caleb llevaba ya un rato ocupado en enganchar a un coche un tronco de caballos, mediante un procedimiento sumamente sencillo que consistía en clavar los arneses en la carne viva del animal; acababa, cuando se acercó su hija al taburete de trabajo y, sentándose a su lado, le dijo:

—Padre, siento que he vuelto a caer en la soledad y las tinieblas. Me hacen falta mis ojos, sabe usted, mis ojos pacientes y siempre dispuestos.

—Aquí están—dijo Caleb,—dispuestos siempre, en efecto. Más son tuyos que míos, Berta, a cualquiera de las veinticuatro horas del día. ¿Qué pueden hacer tus ojos por ti, hija mía?

—Mire usted alrededor del cuarto, padre.

—Ya está—dijo Caleb.—Tan pronto hecho como dicho.

—Describámelo.

—Es absolutamente el mismo de siempre—respondió Caleb;—sencillo, pero

muy cómodo. Los colores vivos de las paredes, las brillantes flores de platos y bandejas, la madera pulida y reluciente por todas partes en que hay vigas y tableros, el conjunto de alegría y limpieza de la casa, la hacen verdaderamente bonita.

En efecto, limpio y alegre era por todos los sitios adonde podía llegar Berta; pero no en ningún otro. No había pulcritud ni alegría posible en el agrietado cobertizo que la imaginación de Caleb había sabido transformar de aquel modo.

—Tiene usted puesto el traje de faena y no está vestido tan elegantemente como cuando lleva el traje nuevo—dijo Berta, tocando a su padre.

—No del todo tan elegante—respondió Caleb;—pero ya está bien así.

—Padre—dijo la pobre ciega acercándose a él y pasándole un brazo alrededor del cuello,—hábleme de May. ¿Es muy bella?

—Sí, por cierto—dijo Caleb. Y era verdad. Rara vez le sucedía a Caleb tener que apurar tan poco los recursos de su imaginación.

—Tiene cabellos negros—continuó Berta, pensativa,—más negros que los míos. Es dulce y armoniosa su voz, ya lo sé; varias veces me he complacido oyéndola. Su talle...

—No hay en todo el cuarto una muñeca cuyo talle pueda compararse con el de ella—dijo Caleb.—Pues ¡y los ojos!...

Se paró, porque Berta habíasele colgado más estrechamente del cuello, y ese brazo que le rodeaba hizole sentir una presión convulsiva, cuyo sentido comprendió sobrado bien.

Tosió Caleb un momento, dió unos martillazos a los fogosos caballos; empezó luego a tararear otra vez la canción báquica sobre el vino espumoso; que era su recurso infalible en todos los obstáculos de aquella índole.

—Padre, nunca me canso de oír hablar de nuestro amigo, de nuestro bienhechor. Bien sabe usted que nunca me he cansado de ello—dijo precipitadamente.

—No; verdad es—contestó Caleb,—y con razón.

—¡Oh! ¡sí! ¡con razón!—exclamó la ciegucecita. E imprimió tanto ardor a esas palabras, que Caleb, a pesar de la pureza de sus intenciones cuando engañaba la sencillez de su hija, no se atrevió a mirarla de frente, sino que bajó la vista, como si ella hubiera podido leer en sus ojos la inocente mentira.

—Hábleme, pues, de él, padre querido—dijo Berta.—¡Hábleme varias veces! Su rostro es benévolo, bueno, tierno,

honrado, está lleno de franqueza, segura estoy de ello. El generoso corazón que procura disimular toda su bondad tras una apariencia de rudeza y malquerencia, se descubre en cada una de sus miradas.

—Y hasta le ennoblece—añadió Caleb, con su tranquila desesperación.

—¡Y hasta le ennoblece!—repitió la joven ciega.—¿Es mayor que May, padre?

—Sí—dijo Caleb, como contra su voluntad.—Es de alguna más edad que May. Pero eso no quiere decir nada.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí, padre! Ser su compañera paciente en los achaques de la vejez, su atenta guardiana en las enfermedades, su amiga fiel en el dolor y la aflicción; no conocer el cansancio al trabajar para él, velarle, consolarle, sentarse al lado de su lecho, hablarle cuando está despierto; rezar por él, si duerme; ¡cuán felices privilegios para su mujer! ¡Qué ocasiones para probarle su fidelidad y cariño! ¿Cree usted a May capaz de hacer todo eso, padre?

—Sin ninguna duda—dijo Caleb.

—En ese caso, amo a May, padre; ¡puedo quererla con toda el alma!—exclamó la ciegucecita. Y al pronunciar esas palabras, apoyó su noble rostro privado de vista en el hombro de Caleb, llorando tanto y tanto, que casi lamentó

éste haberle causado una felicidad acompañada de tantas lágrimas.

Durante todo ese tiempo, no se había movido poca agitación en casa de John Peerybingle. La joven señora de Peerybingle no podía pensar, como es natural, ir a ninguna parte sin el nene, y el embalarlo llevaba mucho tiempo. No porque fuera preciso preocuparse mucho de ese artículo de mensajería, desde el doble punto de vista del volumen y del peso, sino porque requería muchos cuidados y precauciones sucesivas. Así, cuando, cosa tras cosa, se llegó a cierto punto de su compostura, y que hubierais supuesto, con razón, que en un periquete quedaría convertido en un rorro de los más emperejilados, en estado de desafiar valerosamente al mundo entero; de pronto, hubo que sepultarlo en un gorro de franela, verdadero apagaluces, llevarlo a la cuna, en donde, cerca de una hora, estuvo cociéndose (y valga la expresión) entre dos sábanas. Sacáronle luego de ese estado de entumecimiento, encarnado como un cangrejo y dando gritos atroces, para hacerle tomar... ¡Vamos! preferiría decir, si me permitieseis hablar de manera general... una ligera comida; tras lo cual lo llevaron de nuevo a dormir. La señora de Peerybingle aprovechó este intervalo para ponerse tan elegante,

a su modo, como la mujer más elegante que conozcáis; y durante tan corta tre-gua, miss Slowboy se encajó un abrigo de forma tan ingeniosa y sorprendente, que no parecía hecho para ella ni para nadie; era una cosa estrecha, que caía como las orejas de un perro, sin parecerse a nada, única por su corte, y sin ninguna relación con alma viviente. Entretanto, el nene, vuelto por segunda vez a la existencia, era disfrazado por los esfuerzos reunidos de la señora de Peerybingle y de miss Slowboy, con un abrigo de color de manteca fresca, y con una especie de gorro de mahón en forma de torta.

Al fin, terminados esos preparativos, los tres bajaron a la puerta, en donde el viejo caballo había recuperado ya, y con mucho, el valor del peaje que habría que pagar por su jornada en la barrera, agrietando el suelo con sus impacientes autógrafos; en tanto que apenas si podía distinguirse de allí, en lejano horizonte, al impetuoso Boxer, que estaba de muestra, volviéndose a su compañero, como para inducirle a marchar sin esperar las órdenes del amo.

En cuanto a silla o cualquiera otra clase de objeto de ese género para ayudar a la señora de Peerybingle a subir al coche, poco conocéis al amigo John, si creéis que fuese cosa necesaria. An-

tes de que tuvierais tiempo de verla levantada en sus brazos, ya estaba ella sentada en su sitio, fresca y colorada, diciéndole:

—¿En qué piensas, John?... ¡Acuérdate de Tilly!

Si pudiera yo permitirme el hablar de las piernas de una joven, haría notar a propósito de las de miss Slowboy, que, por singular fatalidad, estaban constantemente expuestas a averías, y que no efectuaba ella el menor movimiento sin hacerse en ellas una marca, para tomar nota, absolutamente lo mismo que Robinsón Crusoe marcaba los días en su calendario de madera. Pero como estas reflexiones podrían parecer inconvenientes, las guardaré para mí.

—John—dijo Dot,—¿has cogido el cesto en donde está el pastel de jamón y ternera, las otras cositas y las botellas de cerveza? Si no lo has hecho, hay que volver ahora mismo a buscarlo.

—¡Vaya un precioso articulito para incluir en mi hoja!—respondió el trajinante.—¡Hablarme de volver, después de haberme hecho retrasar ya un cuarto de hora largo!

—Lo siento, John—repuso Dot, turbadísima;—pero no puedo realmente pensar en ir a casa de Berta... Por nada del mundo iría, John... sin el pastel de ja-

món y ternera, las demás cositas y las botellas de cerveza... ¡So!

Este monosílabo se dirigía al caballo, que no paró mientes en él.

—¡Pero pára, John, por favor!—dijo la señora de Peerybingle.

—Tiempo habrá de parar—respondió John—cuando yo haya olvidado algo. El cesto está aquí, en sitio seguro.

—¡Qué corazón de mónstruo debes de tener, John, para no habérmelo dicho al momento, en vez de dejarme en semejante inquietud! Confieso que ni por todo el oro del mundo hubiera ido a casa de Berta, sin el pastel de ternera y jamón, las otras cosillas y las botellas de cerveza. Con toda regularidad, desde el día de nuestra boda, cada quince días hemos hecho ahí nuestra comida a escote, John. Si algo saliera mal en esa fiestecita, casi creería que eso nos sería de mal augurio para siempre.

—¡Vamos! La primera vez que hiciste la cosa, tuviste una buena idea, que te hace honor, mujercita mía.

—Querido John—replicó Dot, sonrojándose,—no hables de hacerme honor... ¡Honor! ¡a mí! ¡Cielo santo!

—A propósito—dijo el trajinero,—ese señor viejo...

Nueva turbación de Dot ¡y muy visible, a fe mía!

—Es un individuo raro—dijo John, mi-

rando ante ellos la carretera.—No puedo explicármelo. Sigo suponiendo que no hay nada que temer de él.

—¡Oh! no seguramente. Y... Y... hasta estoy segura de lo contrario.

—¿Sí?—dijo el trajinero, con los ojos atraídos hacia ella por la viveza de su lenguaje.—Mucho me alegra que estés tan convencida, porque esto me confirma en mis esperanzas. Pero, en medio de todo, es raro que se le haya metido en la cabeza pedirnos que le alberguemos en nuestra casa ¿no te parece? ¡Hay cosas tan extrañas en este mundo!

—¡Cosas tan extrañas!—repitió Dot en voz baja, tan baja, que apenas se la oía.

—Con todo eso, es un buen caballero viejo—dijo John—y que paga como caballero; así es que creo que puede uno fiarse de su palabra, como de palabra de caballero. Esta mañana he tenido una conversación larguísima con él; ya puede oírme mejor, dice, a medida que se va acostumbrando a mi voz. Me ha hablado mucho de sí mismo; yo, a mi vez, le he hablado mucho de mí: ¡y qué preguntas más raras me ha dirigido! Le he explicado que tengo que hacer dos viajes para mi comercio, ya sabes: un día, el de la derecha, saliendo de casa, y vuelta (pues es forastero y no conoce los nombres de las localidades) y eso ha parecido gustarle. «Así, pues,

me ha dicho, yo volveré esta noche a mi casa por el mismo camino que usted, cuando creía que, al contrario, tomaría usted la carretera opuesta. ¡Perfectamente! Tal vez le vuelva a molestar para rogarle que me ceda de nuevo un asiento en su carruaje; pero me comprometo a no sumirme en tan profundo sueño.» Y es que dormía profundamente, en efecto... Pero ¿en qué piensas, Dot?

—¿Que en qué pienso, John? Te... te... te escuchaba...

—¡Bien! ¡bien!—exclamó el honrado trajinero.—Al ver tu aspecto distraído, y como he hablado tanto, temía que estuvieras pensando en otra cosa. ¡La verdad! ¡Poco me ha faltado para creerlo!

Nada respondió Dot, y continuaron un rato trotando en silencio. Pero no era fácil permanecer mudo mucho tiempo en el coche de John Peerybingle, pues todos cuantos encontraba en el camino tenían algo que decirle, aunque sólo fuera: «¿Cómo le va?» Y en realidad, generalmente, no le decían otra cosa. Y aun había que contestar con toda la cordialidad posible, no sólo con un movimiento de cabeza o una sonrisa, sino también con un saludable ejercicio de los pulmones, ni más ni menos que si se tratase de un discurso de alto vuelo pro-

nunciado en el Parlamento. A veces, viajeros a pie o a caballo acercábanse al coche, para recorrer juntos un pequeño trayecto, únicamente por hablar un rato, y entonces cruzábase buen número de palabras por ambas partes.

Además, Boxer daba lugar a reconocimientos amistosos por parte del trajinero y recíprocamente, mejor de lo que hubiera podido hacerlo una docena de cristianos. Todo el mundo le conocía por la carretera, especialmente los cerdos y las gallinas, que apenas le veían acercarse caminando de través, con las orejas tiesas para escuchar a las puertas y el rabo arqueado, retirábanse inmediatamente a los sitios más lejanos de sus moradas, sin aguardar el honor de trabar con él conocimiento más íntimo. En todas partes tenía que hacer Boxer; internábase hasta por las menores veredas, miraba en todos los pozos, penetraba en todas las cabañas, salía de ellas con la misma petulancia; hacía irrupción en casa de todas las maestras de escuela, asustaba a todas las palomas, hacía hinchar la cola a todos los gatos y paseábase por todas las tabernas como un parroquiano del lugar. Por todas las partes adonde iba, oíase a alguno exclamar: «¡Hola! ¡Aquí está Boxer!» y ese alguno salía en el acto, acompañado lo menos de otros dos o

tres, para saludar a John Peerybingle y a su bonita mujercita.

Los grandes fardos y los paquetitos cargados en el coche del trajinero eran numerosos, lo que obligaba a múltiples paradas para recibirlos o entregarlos, y no eran esos altos la parte menos agradable del viaje. ¡Había gentes que esperaban con tan viva impaciencia sus paquetes! ¡otras que los recibían tan maravilladas! ¡otras, en fin que nunca acababan las recomendaciones para sus bultos! Además, el mismo John se tomaba tan grande interés por los paquetes, que aquello era una verdadera comedia. Había también artículos de que John no podía encargarse sin reflexionar detenidamente, sin discusión previa, y, para ajustarlos y colocarlos, originábanse entre el trajinante y los remitentes conferencias en regla, a las cuales asistía por lo común Boxer; hacía notarse allí por cortos accesos de grave atención, y, sobre todo, por largos accesos de locura, durante los cuales empezaba a correr como un galgo en torno del grave areópago, ladrando hasta enronquecerse. Dot, inmóvil en el asiento del carruaje, divertíase con todos esos incidentes, de los cuales era, sin molestarse, atenta espectadora, encantador retratito, a quien servía de marco la baca. Y os aseguro también,

que, al verla los jóvenes, no dejaban de empujarse con los codos, de mirarse unos a otros, hablándose por lo bajo y envidiando la suerte del afortunado John; y el afortunado John estaba satisfechísimo, pues le enorgullecía ver admirar a su mujercita, sabiendo de sobra que esta no hacía caso... aunque tampoco la disgustase eso.

Claro está que no se efectuaba sin niebla el viaje, pues corría el mes de enero, y el tiempo era frío y rudo. Pero ¿quién se preocupaba por tan poca cosa? No sería seguramente Dot, ni Tilly Slowboy, para quien ir en coche, de cualquier forma que fuese, era el grado sumo de la felicidad humana, el *non plus ultra* de las esperanzas de este bajo mundo; ni tampoco el nene, pondría yo las manos en el fuego: porque nunca niño alguno, sea cual fuere su capacidad desde este doble punto de vista, estuvo más cálida ni profundamente dormido que el bienaventurado Peerybingle chico, durante todo el camino.

No podía verse a mucha distancia de sí en la niebla, es cierto; ¡pero todavía veíase bastante! Es asombroso el número de cosas que pueden verse en niebla aún más densa, a poco que uno quiera tomarse la molestia de mirar. Nada más que el estar allí, mirando

desde el asiento las *rondas de las hadas*¹ y los montones de escarcha recogidos todavía en la sombra, junto a los setos y árboles, era ya agradable ocupación, sin hablar de las inesperadas formas que presentaban de pronto los árboles al desprenderse de la niebla, antes de entrar en ella para volver a desaparecer. Los setos entrelazados, despojados de sus hojas, abandonaban al viento multitud de guirnaldas marchitas; pero nada tenía de entristecedor esta vista. Al contrario, era espectáculo agradable de contemplar, porque hacía resaltar más aún el encanto del buen fuego que tenéis en invierno y hacía más fecunda en esperanzas la bella estación del próximo estío. El río tenía aspecto friolero, pero corría a pesar de ello, y corría lindamente, que ya era también algo; su corriente era, sin duda, algo lenta y adormecida; pero poco importaba; así se helaría más pronto cuando el frío apretase de veras, y entonces se acudiría allí para patinar, para resbalar, y las viejas barcas, aprisionadas por el hielo de alguna parte, cerca del muelle, humearían mucho más, durante todo el día por los tubos roñosos de sus chimeneas, para proporcionarse un poco de buen tiempo.

1) *Rondas de hadas* suelen llamar en Inglaterra a los lugares desnudos de los brezales.

Más allá, en los campos, ardía un montón de malas hierbas y de bálago; los viajeros miraron el fuego, tan pálido a la luz del día, que arrojaba a intervalos, a través la niebla, una llama de resplandor rojizo, hasta que miss Slowboy, después de decir «que le entraba el humo por las narices», empezó a reirse (que eso era en ella costumbre cuando la molestaba algo) y despertó al niño, que no quiso volver a dormir. A todo esto, Boxer, que llevaba una delantera de un cuarto de milla aproximadamente, había pasado ya la barrera del pueblo y llegado al extremo de la casa en que vivían Caleb y su hija. Así es que, mucho antes de que los de Peerybingle hubiesen llegado a la puerta, Caleb y la ciegucecita estaban ya fuera, en la acera, preparados para recibirlos.

Boxer, sea dicho de paso, tenía en sus relaciones con Berta ciertas distinciones sutiles que me inducen a creer que sabía que era ciega. Nunca intentaba llamarle la atención mirándola, como solía hacer con las demás gentes; sino que la tocaba, sin dejar de hacerlo nunca. Ignoro la experiencia que podía tener en cuanto a hombres o perros ciegos; nunca había vivido con un amo ciego: ni el señor Boxer padre, ni la señora de Boxer ni ningún otro miembro

de su respetable familia, tanto por la línea paterna como por la materna, había sido visitado, que yo sepa, por semejante enfermedad. Quizá encontrase aquello por sí solo; lo cierto es que tenía experiencia, en su trato con los ciegos. Tenía cogida a Berta por el borde de la falda, y agarraba fuerte, sin soltar presa, hasta que la señora de Peerybingle, el niño, miss Slowboy y el cesto entraron en debida forma en la casa.

Ya había llegado May Fielding, como también su madre, viejecita regañona y brusca, la cual, porque conservaba un talle semejante a una columna de cama, pasaba por haber tenido una de las más elegantes figuras. Además, porque antes se había visto en mejor posición de fortuna, o le había perseguido la idea de que hubiera podido verse, de haber sucedido una cosa que no sucedió nunca y que ni siquiera parecía haber tenido la menor probabilidad de suceder (lo que, por otra parte, viene a ser todo uno), afectaba modales de persona distinguida y aspecto protector.

También se hallaba allí Gruff y Täckleton, mostrándose amable, con cara de hombre que está tan perfectamente tranquilo y tan incontestablemente en su propio elemento, como un salmonete recién trasladado al vértice de la gran pirámide.

—¡May! ¡amiga mía querida!—exclamó Dot, precipitándose al encuentro de la joven.—¡Qué gusto el verte!

Su antigua amiga estaba tan contenta como ella, y creedme, era un espectáculo amable verlas abrazarse de aquel modo. Hay que confesar que Táckleton era hombre de gusto: May era encantadora.

A las veces, cuando está uno acostumbrado a un rostro bonito, y uno, accidentalmente, se halla junto a otra carita linda, la comparación empieza por hacer que el primero parezca ordinario y soso; inmediatamente pierde en nuestro espíritu la elevada opinión que de él nos habíamos formado. ¡Pues bien! En este caso, ocurrió todo lo contrario, tanto respecto de María como de Dot, y de Dot como de María; porque el rostro de Dot hacía resaltar el de María, y el rostro de María, el de Dot, de manera tan natural y agradable que, como estuvo a punto de decir John Peerybingle al entrar en el cuarto, hubieran debido nacer hermanas, y esto era cuanto podía pedirse.

Táckleton había llevado la pierna de carnero y, cosa rara, a más de esto, una torta (pero puede uno permitirse cierta prodigalidad, cuando están en juego los novios: no se casa uno todos los días); a estas golosinas venían a

añadirse el pastel de ternera y jamón y las otras «cosillas», como las llamaba la señora de Peerybingle, es decir nueces, naranjas, dulces y otra caza menor. Una vez que se hubo sacado la comida a la mesa, adornada con el escote de Caleb, que consistía en un enorme lebrillo lleno de patatas humeantes (por una convención solemne le estaba vedado suministrar otros comestibles), condujo Táckleton a su futura suegra al puesto de honor. Para mostrarse más digna en semejante solemnidad, la majestuosa vieja había adornado con una cofia estudiada para inspirar sentimientos de respetuoso temor, a los más indiferentes. Llevaba también guantes ¡viva el buen tono! No lo olvidemos nunca: ¡antes morir!

Caleb tomó asiento al lado de su hija: Dot y su antigua compañera de infancia sentáronse una al lado de otra; el bueno del trajinante se acomodó en un extremo de la mesa. Miss Slowboy quedó momentáneamente aislada de todo mueble que no fuera la silla por ella ocupada, a fin de que no tuviera a su alcance ningún obstáculo con el que pudiese chocar la cabeza del niño.

Como Tilly miraba en torno suyo, como admirada, los juguetes y muñecas, éstos, a su vez, contemplábanla con los ojos desmesuradamente abiertos, a ella

y a la compañía. Los señores ancianos de aspecto venerable (todos en el pleno ejercicio de las piruetas contra las puertas de sus casas) demostraban particular interés por aquella fiestecilla; a veces deteníanse antes de saltar, como si escuchasen la conversación, luego recomenzaban con loca energía su zambullida extravagante, no sé cuantas veces, sin parar para tomar aliento, cual si aquellas perpetuas volteretas les produjeran frenética dicha. El caso es que, a poco dispuestos que aquellos señores viejos estuviesen a sentir maligna alegría por el fracaso de Táckleton, tendrían motivo para quedar altamente satisfechos. Táckleton no estaba en lo que comía: cuanto más contenta se hallaba su futura en compañía de Dot, tanto menos placer experimentaba él, aunque las había reunido adrede. Porque el tal Táckleton era un verdadero manojo de espinas; cuando reían sin saber él la causa, metíasele en la cabeza que debían de reírse de él.

—¡Ah querida May!—decía Dot,—¡qué transformaciones, amiga mía! ¡Cómo rejuvenece hablar de los felices tiempos de la escuela!

—Pero oiga usted,—interrumpió Táckleton;—me parece que aun no es usted tan vieja.

—Mire qué marido tan grave y tran-

quilo tengo—respondió Dot.—Lo menos me echa veinte años encima; ¿verdad, John?

—Cuarenta—replicó John.

—Y usted—añadió Dot riendo,—¿cuántos aumentará a la edad de May? No lo sé a ciencia cierta; pero, en su próximo aniversario, no podrá tener menos de cien años.

—¡Ah! ¡ahl!—exclamó Táckleton riendo, pero con risa que sonaba a hueco, como un tambor, y mirando a Dot como si pensase que le agradaría retorcerle el cuello.

—Amiga mía—añadió Dot,—¿te acuerdas cómo hablábamos en la escuela, de los maridos que algún día escogeríamos? ¡No sé ya cuán joven y bello debía ser el mío, cuán alegre y amable! ¡Y en cuanto al de May!... ¡Ah, querida, no sé si debo reír o llorar, al pensar en nuestras locas ideas de niñas!

May parecía saber a qué atenerse respecto a lo que debía hacer; puesto que las mejillas se le coloraron de vivo carmín y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¿Y aquellos... verdaderos jóvenes de carne y hueso... en quienes deteníamos a veces nuestro pensamiento?...—prosiguió Dot.—Poco sospechábamos el cariz que tomarían las cosas... Nunca me había fijado en John, por supuesto...

ni siquiera pensaba en él... ¿Y si entonces te hubiera dicho yo que te casarías con el señor Táckleton?... Me hubieses pegado un buen sopapo... ¿No te parece, May?

Aunque May no dijo que sí, tampoco dijo que no: ni siquiera puso cara de decirlo.

Táckleton reía, reía a más no poder, o, mejor dicho, más bien gritaba que reía. John Peerybingle reía asimismo; pero con su acostumbrada risa, franca y buena; por esto no era sino un murmullo de risa, al lado de la monstruosa risa de Táckleton.

—Y a pesar de todo eso—dijo este último—no ha podido usted librarse, no ha podido resistir, ya ve. Aquí estamos nosotros, aquí estamos... ¿dónde están ahora sus jóvenes y alegres prometidos?

—Algunos de ellos han muerto—contestó Dot;— otros quedan olvidados. Otros, si pudieran aparecer en este momento en medio de nosotros, no querrían creer que somos las mismas criaturas; no darían crédito ni a sus oídos ni a sus ojos, y no podrían convencerse de que los hayamos olvidado de tal modo. ¡Oh! ¡no! ¡Nada querrían creer!

—¡Eh! Pero Dot, mujercita mía...—exclamó el trajinero.

Dot había hablado con viveza y calor

tales, que sin duda necesitaba que la volvieran en sí. El aviso de su marido era muy cariñoso, porque, en su pensamiento, no intervenía sino para cubrir a Táckleton; pero produjo su efecto, porque Dot calló sin añadir una palabra más. No obstante, hasta en su silencio había una emoción extraordinaria, notada de cerca por el taimado Táckleton, que había clavado en ella su ojo medio cerrado; lo tuvo en cuenta el muy marrajo y se cuidó mucho de olvidarlo, como veremos cuando llegue el caso.

May no decía una palabra, ni para bien ni para mal; permanecía inmóvil mirando al suelo, sin parecer tomarse el menor interés en lo que acababa de pasar. Pero su madre intervino a su vez, haciendo notar ante todo que las jóvenes eran jóvenes, que lo que había pasado, había pasado, y añadió: «En tanto que la juventud sea joven y aturdida, se conducirá probablemente como juventud loca y aturdida.» Después de expresar otras dos o tres proposiciones de no menos sólido significado y de carácter no menos incontestable, hizo la observación, inspirada por un sentimiento de compasión agradecida, de que daba gracias al cielo por haber hallado siempre en su hija May una niña respetuosa y obediente, cuyo mérito no se atribuía ella en modo alguno, aunque